

Reflexiones a propósito de los relatos de tres mujeres excombatientes: apuntes sobre sus trayectorias de vida y sus nociones de paz

*Reflections about the Stories of three Women Former Combatants:
Notes about their Life Trajectories and Notions of Peace*

Andrea Marcela Barrera Téllez

Estudiante de doctorado en sociología y género,

Universidad París 7 - Diderot, París, Francia

andrea.barrera@etu.univ-paris-diderot.fr

ARTÍCULO DE REVISIÓN

Fecha de recepción: 15 de junio de 2014 • **Fecha de aprobación:** 30 de octubre de 2014



Este artículo está publicado en acceso abierto bajo los términos de la licencia Creative Commons Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 2.5 Colombia.

Resumen

Este texto expone reflexiones iniciales respecto de las trayectorias de vida de tres mujeres excombatientes colombianas, enfatizando en sus experiencias militantes. El análisis sobre los procesos de socialización anteriores a su ingreso a los grupos armados se concentra en las narraciones que estas mujeres hacen sobre sus familias, su socialización en áreas urbanas y su nivel de estudios. En términos de las experiencias militantes, el artículo pone en evidencia diversas tensiones, especialmente entre militancia y maternidad, y entre lucha armada y paz. Respecto de esta última, sostiene que el compromiso con la lucha armada significó para estas tres mujeres un compromiso por la paz, influenciado y cuestionado por otras experiencias en América Latina, y que sigue estando presente en escenarios diferentes a la militancia armada. Esta lectura comparada de sus trayectorias de vida, sus experiencias militantes y sus nociones de paz, permiten hacer un acercamiento crítico a sus apuestas por la paz.

Palabras clave: participación de la mujer, conflicto político, participación social, socialización, investigación sobre la paz.

Abstract

This text exposes initial reflections about the life trajectories of three Colombian female former combatants. It also emphasizes on their militant experiences. Our analyses of the socialization processes, previous to the entry to the armed groups, are focused on their narrations about their families, their urban socialization and their level of educational attainment. In terms of the militant experiences, we highlight various tensions, especially those between militancy and motherhood, and between armed struggle and peace. About the latter tension, we affirm that the commitment with the armed struggle has meant, for those women, a commitment with the peace. This one has been influenced and questioned by other experiences in Latin America, and is still present in the different scenes from the armed militancy. This comparative reading on their life trajectories, their militant experiences and their notions of the peace, allow us to do a critical approach to the wagers of peace that they have done.

Keywords: women's participation, political conflicts, social participation, socialization, peace research.

Desde la década de 1960, Colombia vive un nuevo periodo de conflicto armado. En este tiempo, como sabemos, muchos grupos armados se han formado, se han transformado, han desaparecido, se han mantenido. El carácter diverso de estos grupos no solo se ha manifestado por medio de sus diferencias ideológicas y de sus estrategias político-militares, sino que además se ha configurado, simultáneamente, como origen y consecuencia de la diversidad encarnada por sus integrantes, cuyas trayectorias, historias, apuestas, sueños, desafíos, en una palabra, sus vidas, son la prueba más contundente de dicha diversidad. Así, por ejemplo, en el interior de todos los grupos armados es posible encontrar personas de múltiples orígenes y ocupaciones. Sin embargo, pese a esta diversidad que nos parece evidente, el imaginario social de la guerra está atado a las acciones de los hombres, es decir, hay una concepción generalizada de la guerra colombiana contemporánea como una actividad en la que solo participan los hombres.

Además, esta concepción generalizada, en la que solo es posible imaginar hombres guerreros, produce una imagen unívoca de mujeres víctimas a quienes la guerra les ha sido impuesta, justamente, por ellos. No quiero con esto decir que los hombres no pueden ser guerreros, ni mucho menos que las mujeres no han sido víctimas del conflicto armado. Claro que hay hombres en la guerra, pero no todos los hombres colombianos son guerreros. Claro que hay mujeres que son víctimas del conflicto armado, pero más allá de que no todas las mujeres colombianas sean víctimas, el hecho de que muchas mujeres hayan sido víctimas, directas o indirectas, de la guerra en Colombia ha ayudado a complejizar las ideas comunes sobre lo que es ser una víctima. Con ello quiero decir que las mujeres víctimas en Colombia han sido, muchas veces, ejemplo de entereza para enfrentar las situaciones a las que se han visto arrojadas, pero también para crear nuevas posibilidades para sí mismas, para sus familias, para el país y para el conjunto de la sociedad colombiana. Lejos, muy lejos están de ser víctimas inmóviles y sumergidas en la resignación.

Pero estas apuestas de transformación desde las mujeres víctimas son fácilmente dejadas de lado, enviadas al olvido o a los márgenes de nuestras cotidianidades y de nuestra Historia. Y si estas mujeres, ejemplos de entereza y de resistencia, son dejadas de lado, podemos decir lo mismo —y quizás un tanto más— de las mujeres colombianas que han combatido y que han militado dentro de un grupo armado. De ellas hablamos muy poco y si lo hacemos es quizá porque vemos en un noticiero o en un

periódico la foto de una mujer guerrillera o la historia de una mujer paramilitar. Pero no vemos cualquier foto y no leemos cualquier historia.

Las representaciones de las mujeres que han combatido suelen estar asociadas a un juego de victimización o de demonización absoluta. Resulta que si no son presentadas como mujeres que han sido sometidas a todo tipo de vejámenes en los grupos armados, son consideradas como semimonstruos que llevan el ejercicio de la violencia a niveles casi ficticios. Quizás el ejemplo más claro de esta demonización es el “apodo” que rápidamente encontraron los medios de comunicación para Elda Mosquera. Tras su desmovilización, los diarios y los noticieros nos dejaron conocer, junto con testimonios escalofriantes de lo que había hecho cuando pertenecía a las FARC-EP, la historia de una mujer violenta y cruel, una mujer tan violenta que fue denominada “la Rambo de las FARC” (“Entrega de ‘Karina’ en Antioquia, 2008).

En este contexto, considero que las historias de las mujeres excombatientes, sistemáticamente olvidadas y silenciadas, son fuentes de importancia capital para entender nuestro conflicto, para entender la participación de las mujeres en la guerra como combatientes, la naturaleza de su militancia y de las maneras en que la han vivido. Esos escritos, esas palabras, son un medio para aprehender las experiencias de la guerra que son vividas en nuestro país desde hace tanto tiempo. Este ejercicio nos puede ayudar a develar elementos constitutivos de nuestra guerra que son frecuentemente ignorados.

En este pequeño artículo quiero explorar tres relatos autobiográficos de mujeres colombianas excombatientes de dos grupos de guerrilla. Dos de estos fueron escritos por sus protagonistas. El tercero es un texto escrito por una periodista, amiga de la protagonista, que durante años recopiló su testimonio para escribir su historia. Se trata de narraciones que han sido escritas como medio de reconstrucción personal, de sanación de heridas profundas en el alma de estas mujeres, de búsqueda de quiénes han sido y quiénes son, de comprensión de sus propias historias en su complejidad y su riqueza. Son, además, historias que buscan comunicar un mensaje a la sociedad colombiana sin titubeos: las mujeres han participado de la guerra en Colombia y sus historias forman parte de nuestra Historia.

Los dos primeros relatos a los que me refiero fueron escritos por mujeres que pertenecieron al mismo grupo armado. Vera Grabe y María Eugenia Vásquez, autoras y protagonistas de estos dos textos, fueron compañeras mientras militaban en el Movimiento 19 de Abril (M-19). Este

grupo de guerrilla firmó un acuerdo de paz con el gobierno colombiano en 1990 que condujo a su desaparición como movimiento armado. Para ese entonces, Vera Grabe seguía militando en la organización, mientras que María Eugenia Vásquez la había dejado un año antes, en medio de las conversaciones con el gobierno. Casi diez años después de la firma de estos acuerdos, Grabe y Vásquez publicaron, cada una, libros autobiográficos.

El relato de Grabe fue editado con el título *Del silencio de mi cello (Razones de vida)* (2000). Grabe le dedicó ese libro a su hija, nacida mientras ella aún militaba en el M-19. Por su parte, María Eugenia Vásquez escribió su libro *Escrito para no morir. Bitácora de una militancia* (2001), en parte como un ejercicio académico en el marco de la formación en antropología que había comenzado dieciocho años antes y que había abandonado durante su militancia en el grupo armado. El tercer relato pertenece a Leonor Esguerra, una exmilitante del ELN. Su testimonio fue publicado en 2011 en el libro *La búsqueda. Testimonio de Leonor Esguerra*, escrito por Inés Claux Carriquiry.

Estos tres libros, junto con la reciente publicación de Fabiola Calvo Ocampo, *Hablarán de mí* (Calvo, 2013), constituyen el conjunto de relatos autobiográficos de mujeres excombatientes colombianas que han sido publicados en el país. Es importante anotar que estas cuatro obras han sido escritas por mujeres que pertenecieron a grupos de guerrilla, o sobre la base del testimonio de su vida, como en el caso de Leonor Esguerra, mientras que no hay ningún relato de vida de una mujer exparamilitar que haya sido publicado. Esto tendría como excepción el relato de Isabel Bolaños, una mujer que formó parte de las Autodefensas Unidas de Colombia (AUC), cuya historia fue publicada en el libro *Mujeres en la guerra* (2000)¹, escrito por la periodista Patricia Lara.

1 *Mujeres en la guerra* (2000) es un libro escrito por la periodista colombiana Patricia Lara. La obra fue construida gracias a los testimonios de diez mujeres colombianas que, de una u otra manera, han estado implicadas en la guerra en Colombia. Así, en el libro, encontramos las historias de tres mujeres que fueron o siguen siendo combatientes. El primer testimonio es el de Dora Margarita, una excombatiente que militó en dos grupos de guerrilla, el M-19 y el ELN. El segundo testimonio es de Liliana López, combatiente activa de las FARC-EP. Ella ocupa un rango jerárquico dentro de la organización, en el marco del trabajo internacional del grupo. El tercer relato es el de Isabel Bolaños, quien formó parte de un grupo paramilitar. En el momento en que Lara entrevistó a Bolaños, ella estaba pagando una condena en una prisión por su participación en el grupo armado, que en ese momento seguía activo.

Considero entonces que la publicación de estos cuatro relatos autobiográficos constituye un testimonio de importancia capital en términos del reconocimiento de las mujeres como participantes de la guerra en Colombia. Aunque no sean numerosos, estos son “textos insustituibles a la hora de escuchar y reconocer la visión de algunas mujeres actoras en el conflicto, sobre el mismo. Se trata de la voz de quienes han participado activamente y con pasión en el interior mismo de los acontecimientos. Son por tanto testimonios directos desde el corazón de la guerra” (Navia, 2005, p. 55). Así, este tipo de escritos buscan construir una memoria diferente a aquella elaborada desde la Historia oficial sobre la guerra que vive Colombia desde hace varias décadas.

Es importante anotar, sin embargo, que ninguno de estos textos permite dar cuenta de la totalidad y la complejidad de la participación de las mujeres en la guerra colombiana, como fenómeno social. Asimismo, estos cuatro relatos dan cuenta, precisamente por su carácter autobiográfico, de historias personales, vividas y contadas de manera individual y, en consecuencia, no buscan ni representar al conjunto, muy diverso, de las colombianas que han sido o que siguen siendo combatientes, ni tampoco constituirse como testimonios susceptibles de ser tomados como tipos ideales que hicieran posible analizar de manera rigurosa las experiencias de otras mujeres combatientes y excombatientes.

Los altos niveles de educación de las tres mujeres que escribieron los textos que he leído para construir esta reflexión facilitaron la escritura y la publicación de sus relatos de vida. Efectivamente, Grabe, Vásquez y Esguerra “disponían de recursos y de competencias para producir este tipo de documentos, y convertirse así en personajes públicos o, al menos, tener las condiciones favorables para hacer públicos sus relatos”² (Tovar, 2012; traducción propia). Así, es importante poner de presente el rol del capital cultural³ de estas tres mujeres, en la medida en que es un factor

2 “Disposaient des ressources et de compétences pour produire ce type de documents, et devenir ainsi des personnages publics ou, au moins, avoir des conditions favorables pour pouvoir rendre public leur récit”.

3 “La noción de capital cultural se impuso, al principio, como una hipótesis indispensable para dar cuenta de la desigualdad en el desempeño escolar de los niños salidos de diferentes clases sociales, relacionándolo con el ‘éxito escolar’, es decir, los beneficios específicos que los niños de diferentes clases y facciones de clase pueden obtener en el mercado escolar, hasta la distribución del capital cultural entre las clases y las facciones de clase. Este punto de partida implica una ruptura tanto con los presupuestos inherentes como con la visión ordinaria que tiene el éxito o el fracaso

clave en términos de la publicidad de sus experiencias en la lucha armada en Colombia.

Este pequeño escrito, entonces, tampoco pretende dar cuenta de la complejidad del fenómeno de la participación de las mujeres en el conflicto armado en el país. Mi interés es, por el contrario, presentar y comparar ciertos aspectos de estos tres relatos que, creo, permiten hacer una aproximación inicial a la complejidad de dicha participación, circunscrita a los hechos descritos en las narraciones y las interpretaciones de estas tres mujeres y sus experiencias personales. Procuraré, además, enfatizar en las posibles relaciones entre la lucha armada y la paz que están presentes en los tres textos y que considero una fuente preciosa de reflexión a propósito del conflicto armado en el país y de los posibles horizontes para su terminación.

Comenzaré entonces por hacer algunas precisiones sobre las trayectorias de vida descritas por estas tres mujeres. En este sentido, prestaré especial atención a las narraciones que hacen sobre sus familias, sus infancias, sus orígenes —especialmente, el hecho de haber crecido en áreas urbanas— y su nivel de estudios. Así mismo, me dedicaré a la forma en que presentan su ingreso y su salida de los grupos armados como decisiones de vida. Desarrollaré dos reflexiones más en esta primera parte: trataré de establecer algunas relaciones entre las trayectorias de vida antes del ingreso a los grupos armados y las experiencias militantes, y procuraré avanzar en una reflexión a propósito de las tensiones entre militancia y maternidad.

En un segundo apartado, recogeré las nociones de paz expuestas por Vásquez, Esguerra y Grabe en sus relatos. Esta sección del texto estará consagrada a exponer las maneras en que el compromiso con la lucha armada significó para ellas un compromiso por la paz, influenciado y cuestionado por otras experiencias en América Latina, que estaba profundamente atado a la transformación del país. Adicionalmente, haré algunos apuntes liminares a propósito de las menciones que hacen los tres textos sobre los roles de las armas y del pueblo en esas experiencias de lucha armada por la paz, pero sin entrar en una discusión conceptual sobre estas nociones, pues a pesar de ser fundamental, no forma parte de los intereses que motivaron este texto. Desde las experiencias de estas tres mujeres excombatientes, finalizaré con la exposición de las nuevas

escolar por un efecto de las 'aptitudes' naturales o las teorías del 'capital humano'" (Bourdieu, 1979; traducción propia).

apuestas por la paz desde escenarios diferentes a la militancia armada como una posibilidad de seguir viviendo.

Ser una mujer excombatiente: comentarios a propósito de las trayectorias de vida de Vera Grabe, María Eugenia Vásquez y Leonor Esguerra

Familia e infancia

Los libros autobiográficos de Vera Grabe, María Eugenia Vásquez y Leonor Esguerra tienen varios puntos en común en relación con sus trayectorias de vida, entre los cuales se destacan los relatos sobre sus infancias y sus vidas familiares. Esta parte de los textos resulta esencial a medida que avanzan las historias y que nos adentramos, como lectores, en las líneas y los recuerdos.

En todo caso, no obstante de que es un punto en común, resulta claro que las tres infancias fueron muy diferentes. Por ejemplo, los padres de Grabe y de Vásquez se divorciaron cuando ellas eran niñas y las referencias a sus madres nos presentan a dos mujeres independientes que tomaron la decisión de divorciarse a pesar de la estigmatización que esta generaba a mediados del siglo XX.

En cambio, los padres de Esguerra estuvieron casados hasta la muerte de su padre. Esto no implica que la descripción de la madre que encontramos en su relato haga menos énfasis en el carácter independiente de esta mujer, de quien nos cuentan que “no era una mujer de la cocina, ni una sirvienta glorificada, sino una mujer que producía, que opinaba, una mujer muy dinámica” (Claux, 2011, p. 40).

De otra parte, Esguerra y Grabe tuvieron una relación cercana con sus padres, mientras que la de Vásquez fue más distante, a la vez que construyó una relación ciertamente cercana con su padrastro. En efecto, ella compartía con él varias actividades, como la caza o los recorridos a caballo. La relación distante que tenía con su padre generó simultáneamente un débil vínculo con su hermano, que contrastaba con la cercanía que tenía con sus primos, la mayoría de los cuales eran hombres. Vásquez pone de presente en su relato la importancia de la cercanía con sus primos, su padrastro y su abuelo, así como de las actividades que compartía con ellos. En una parte que me resulta especialmente llamativa de su libro, ella escribe:

En casa me permitían las libertades de cualquier muchacho, con la complicidad de mi abuelo y de mi padrastro, si bien por distintas razones. Aprendí a montar a caballo desde muy temprano, mis aficiones se relacionaban más con la cacería y el campo que con las muñecas. En mis años de infancia no hubo un reto masculino al cual no respondiera acertadamente. El mundo de los varones no me resultaba desconocido, y esto facilitó mi entrada en el ámbito político-militar de un grupo guerrillero cuyas prácticas, tanto la política como la militar, estaban claramente inscritas en el universo varonil, eran cosas de hombres. (Vásquez, 2000, p. 436)

En el caso de Esguerra, ella creció con sus hermanos y hermanas y, como ya lo dije, sus padres no se divorciaron. Su madre se ocupaba del trabajo doméstico, que incluía, por supuesto, el cuidado de sus hijos y de su esposo, mientras que él trabajaba como funcionario del Estado, siguiendo la tradición de la familia, pues el abuelo de Leonor fue un importante diplomático, según nos cuenta en su testimonio. Así, notamos desde las primeras páginas de su autobiografía que Leonor nació y creció en el seno de una familia de funcionarios públicos relacionados con el mundo de la política.

El padre de Grabe era, por su parte, carpintero, y tanto ella como su hermana compartían algunos momentos con él, en su taller, donde les enseñaba ciertas actividades propias de su oficio. Describiéndonos a su padre, Grabe escribe:

Fue un ejemplo permanente de aprendizaje para nosotras [...]. Creía ante todo en las personas con quienes trabajaba. Justo y humano, las asumía como si fueran de su propia familia [...]. Decía que no había mejores artesanos y maestros ebanistas que los colombianos. Ése fue el país que mis padres nos enseñaron: el de la gente trabajadora. (Grabe, 2000, p. 25)

La historia de la familia de Grabe tuvo un papel central en su vida como militante y especialmente en su ingreso al M-19. Sus padres, alemanes, migraron hacia Colombia al final de la Segunda Guerra Mundial y compartieron con sus hijas la cultura de su país de origen. Este interés por transmitirles la cultura alemana también los condujo a inscribir a sus hijas en un colegio alemán en Bogotá. Al terminar sus estudios allí, Grabe ingresó a la Universidad Nacional para estudiar antropología, pero, al poco tiempo, decidió continuar su formación profesional en la Universidad de los Andes. Al hacer el tránsito entre las dos universidades,

sus padres le insistieron para que estudiara en el extranjero, de modo que decidió comenzar una licenciatura en Alemania. Sin embargo, casi de inmediato, Grabe determinó no seguir estudiando en Alemania y regresó a Colombia.

Es interesante notar que la infancia y la juventud de estas tres mujeres no estuvieron especialmente marcadas por las experiencias de la violencia política, económica o intrafamiliar. Aunque no me sea posible afirmar que las experiencias de violencia sean un factor común en la vida de las excombatientes colombianas, considero que es posible identificar la existencia de estas vivencias como un factor de importancia en sus trayectorias. Dicho de otro modo, pienso, aunque esta afirmación requeriría de un estudio profundo, que los casos de estas tres mujeres pueden ser excepcionales en términos de las experiencias de las excombatientes colombianas antes de su ingreso a los grupos armados.

A este respecto, destaco el hecho de que cinco de las seis motivaciones de ingreso a un grupo armado, identificadas por Juanita Esguerra (2013) en su estudio a propósito de las identidades de género de los excombatientes en el país, estén profundamente relacionadas con experiencias de violencia. Según Esguerra, a través de su investigación fue posible identificar, como lo he enunciado, seis motivaciones principales para ingresar en un grupo armado: el gusto por la vida militar, una situación anterior de violencia intrafamiliar, la falta de perspectivas debidas al desempleo y a la pobreza, la adhesión ideológica, el deseo de venganza o el resentimiento personal y el reclutamiento forzado (ante el cual es posible cuestionar el hecho de que sea, propiamente dicha, una motivación) (pp. 116-117).

Asimismo, Londoño y Nieto afirman (2007, p. 116) que la violencia intrafamiliar es una de las motivaciones principales evocadas por las mujeres para explicar su ingreso al grupo armado. Al respecto, me parece destacable que los hombres excombatientes también señalan esta violencia como motivación para su ingreso a un grupo armado, pero es menos frecuente que en el caso de las mujeres excombatientes. Estas mismas investigadoras coinciden con Esguerra en términos de la falta de oportunidades y de la pobreza como una de las motivaciones evocadas por las excombatientes para explicar su entrada a los grupos armados, aunque en su estudio se concentran no tanto en la falta de oportunidades, sino en la búsqueda de seguridad, de trabajo, de vestimenta y de alimentación.

A pesar de la falta de estudios específicos sobre el rol que desempeñan estas violencias en las trayectorias de las mujeres excombatientes,

especialmente en términos del ingreso y la militancia en los grupos armados, es posible vislumbrar que estas tengan un lugar importante⁴. Con esto no quiero decir que las combatientes son, ante todo, víctimas y que, en consecuencia, sus experiencias deban ser analizadas y trabajadas desde esa perspectiva. Considero, en cambio, que es preciso dar cuenta de la compleja trama de elementos que intervienen en el ingreso de las mujeres a los grupos armados, entre los cuales se encuentran las experiencias de violencia vividas por muchas de ellas. Y en ese mismo sentido, creo que los casos de María Eugenia, Vera y Leonor pueden ser excepcionales, en la medida en que ellas no tuvieron este tipo de vivencias durante su infancia y su juventud.

En todo caso, la violencia en sus múltiples expresiones tuvo un papel central con respecto a la decisión de estas tres mujeres para ingresar a los grupos de guerrilla. Como veremos más adelante, las tres se fueron haciendo cada vez más conscientes del carácter profundamente violento de la sociedad colombiana, que no solamente se expresa en la existencia del conflicto armado. Adicionalmente, aunque ellas no hayan vivido de manera directa experiencias violentas antes de su ingreso al grupo armado, al leer sus relatos queda en evidencia, con toda la fuerza del caso, que ellas no solo ejercían la violencia política como combatientes, sino que simultáneamente fueron víctimas de la violencia y de la estigmatización.

4 En un interesante estudio a propósito de la violencia ejercida por las mujeres en el marco del conflicto armado en Perú, Camille Boutron (2013) afirma que las excombatientes peruanas (a quienes no se les reconoce como tales, sino como terroristas, tras la derrota militar del MIR y del PCP-SL) describen con frecuencia experiencias de violencia antes, durante y después de su militancia en los grupos armados. Al respecto, la autora considera que en el caso de las mujeres encarceladas en razón de su pertenencia a las guerrillas (a quienes, por supuesto, tampoco se les reconoce su estatus como presas políticas) sufren un “retorno de la violencia” (p. 14; la traducción del concepto es propia). Este “retorno” está dado por la violencia (física y simbólica) ejercida por la institución penitenciaria peruana con el objetivo de romper cualquier forma de resistencia y de subjetividad (2013, p. 14). Este tipo de estudios podrían decirnos mucho a propósito de las trayectorias y de las experiencias de las excombatientes y las combatientes colombianas, pues es posible que tal y como ocurre en el caso peruano, “la violencia, en sus diferentes formas, persiste a lo largo de estas trayectorias [de excombatientes peruanas encarceladas]. Esta puede ser privada, política, militarizada e incluso institucional. Sin embargo, en todos los casos, nos damos cuenta de que si las mujeres combatientes son vectores de violencia, ellas también son sus objetivos” (Boutron, 2013, p. 14; la traducción del concepto es propia).

En ese sentido, considero que así como la paz fue parte central en la militancia de estas tres mujeres —como veremos en la segunda parte de este texto—, la violencia también ocupó un lugar de enorme importancia. Pero, por eso mismo, el ingreso a la guerrilla se pudo constituir como una decisión paradójica, tal y como lo relata Vera, cuya familia vivió en carne propia la violencia sin límites de la Segunda Guerra Mundial. Fue justamente huyendo de las amenazas, de los bombardeos, de los arrestos, de la crueldad, del terror, que los padres de Vera decidieron viajar hacia Colombia, en búsqueda de una tierra donde construir una vida juntos, pero como ella misma lo dice, “este mundo tampoco estaba libre de conflictos. Siempre estuvieron allí” (Grabe, 2000, p. 26).

Más adelante, Grabe nos presenta, como estaba diciendo, la paradoja que en su propia trayectoria representó su entrada al M-19: sus padres huyeron de la guerra, llegaron justamente a un país en guerra y, sin que nadie pudiera anticiparlo, su hija terminó participando de ella como combatiente. Paradoja que, sin embargo, puede encontrar ciertas respuestas en lo que podríamos denominar la búsqueda de la justicia social —¡que traspasa fronteras!—. Grabe escribe al respecto:

Tal vez, inconscientemente, quise dejar atrás la historia de mi familia. Ellos nos dotaron de buen estudio, conciencia social, valores, herramientas para ser gente, para ser mujeres que se pudiesen valer por sí mismas. Si ellos fueron víctimas de un régimen y de una guerra, seguramente por esos profundos mandatos o resortes que nos impulsan, algo me llevaba, no sólo a querer tomar mi destino en las manos, a evitar que otros manipularan mi vida, sino a no aceptar la quietud ante situaciones injustas, cuando se percibe un tufo de irrespeto, el desconocimiento, la sumisión, el desprecio a la gente. (Grabe, 2000, p. 26)

Origen y nivel de estudios

Otro factor importante en las trayectorias de estas tres mujeres es haber nacido en familias de una clase media o alta, aunque las tres no gozaron necesariamente de una situación económica privilegiada de manera regular. En todo caso, las tres tuvieron acceso a una formación académica avanzada: estudiaron en colegios privados, lo que quizá facilitó el ingreso a la universidad en los casos de Grabe y Vásquez, mientras que pudo facilitar la formación académica que Esguerra recibió en una institución católica en los Estados Unidos.

Es posible que el avanzado nivel de formación académica de estas tres mujeres sea otro elemento excepcional de sus trayectorias en relación con otras excombatientes colombianas. En uno de los primeros estudios realizados sobre las excombatientes en el país, que trata específicamente de mujeres del nororiente antioqueño, Lelièvre, Moreno y Ortiz (2004) encontraron que la mayor parte de las excombatientes entrevistadas poseían un bajo nivel de estudios. En ese sentido, las mujeres con educación superior eran muy pocas, mientras que la mayoría de entrevistadas habían estudiado unos pocos años (p. 48). Asimismo, Londoño y Nieto (2006), estudiando las cifras de desmovilizaciones individuales disponibles en el país para el año 2003, encontraron que solamente el 8% de las mujeres desmovilizadas de esta manera habían cursado y completado el ciclo de educación secundaria (pp. 114-115).

Adicionalmente, es importante poner de presente que el tipo de formación académica de cada una tuvo una influencia notable en sus trayectorias militantes. En el caso de Vásquez y de Grabe, fue en la facultad donde conocieron a las personas que luego las invitarían a unirse al M-19. Como ya lo he mencionado, Vásquez no se graduó de la universidad durante el tiempo que estuvo en el grupo armado, mientras que Grabe se graduó a pesar de las dificultades que tuvo para hacer compatibles sus actividades académicas con la militancia.

No obstante las diferencias en sus trayectorias académicas, creo que el hecho de que hayan tenido una formación universitaria cumplió un papel importante en términos de su pertenencia al M-19, sobre todo al considerar las características del grupo. Efectivamente, en sus inicios, el M-19 fue una guerrilla conformada por personas de origen urbano, de clase media y que habían estudiado o estudiaban en la universidad⁵.

5 Esta característica se puede encontrar en las trayectorias de vida de mujeres que participaron de otros grupos de guerrilla en América Latina, especialmente en los casos de Argentina, Chile y Uruguay (Servetto, 2012, p. 255; Zalaquett, 2011, p. 14). Asimismo, es importante anotar que muchas de estas excombatientes, como es el caso de Vera y de María Eugenia, iniciaron su militancia mientras estudiaban en la universidad y, en algunos casos, tras haber participado de movimientos estudiantiles universitarios (Araújo, 1980). Los casos de Perú (Silva, 2011, p. 7) y Salvador (Falquet, 1997, p. 3; Garaizábal & Vásquez, 1996, p. 92) también son ejemplares en términos de la búsqueda de militantes en las universidades por parte de guerrillas como el MIR, el PCP-SL o el FMLN.

El nivel de estudios de Grabe, así como el hecho de que hablara varios idiomas, fueron elementos centrales en su militancia, pues estos tuvieron un impacto nada despreciable en términos de las tareas que le eran asignadas y que ella desarrolló en el M-19. Por ejemplo, tras una serie de arrestos, Jaime Bateman le propuso avanzar en el trabajo internacional del grupo. Sobre este episodio, ella nos cuenta:

El tema obligado era: ¿y ahora yo qué? [...]. Hay dos opciones —me dijo—: el monte o fuera del país. Es difícil tenerte escondida en la ciudad, y tú eres muy reconocible. Legal ni de riesgos. En el monte te quemas. Creo que lo mejor es que salgas del país. ¿Y a qué?, le pregunté. Al trabajo internacional y agregó el argumento del cuadro estratégico. Me le reí porque cuando a uno lo calificaban de estratégico, no dejaba de sonarle a cuento chino, una manera de decir: ‘Usted por acá no sirve’. Pero le creí, ante su insistencia en la importancia de la labor internacional para el M-19 [...]. La idea es que te establezcas entre Panamá y México. Desde allí organizas el trabajo, te mueves, y te comunicas con nosotros. Comienzas a manejar las relaciones internacionales, abrir campo, aprovechas lo que sabes de idiomas y tu movilidad. (Grabe, 2000, p. 155)

La formación académica de Esguerra es más compleja, aunque también influyó su vida militante. Mientras que Vásquez y Grabe entraron a la universidad para estudiar antropología, Esguerra decidió ser monja. Su formación académica después del colegio tuvo entonces un carácter católico, propio de la carrera religiosa. Asimismo, como en los casos de Grabe y Vásquez, la escogencia de su formación académica y, en este caso, de su oficio, fue decisivo en el caso de Esguerra en términos del grupo armado en el que militó, pues ella ingresó al ELN siendo ya una religiosa. Ahora bien, es importante poner de presente que en el momento de su ingreso, esta guerrilla estaba incorporando a su plataforma ideológica algunos de los principios descritos en la teología de la liberación⁶.

6 “Hace treinta años se originaron las primeras intuiciones de lo que se llamaría en 1968 ‘Teología del Liberación’ —aunque las experiencias ‘espirituales’ proceden desde la década de los 50. Dichas ‘intuiciones’ —su ‘núcleo duro’, por llamarlas de alguna manera— *permanecen las mismas como constitutiva* de la Teología de la Liberación en toda su evolución, y podría resumirlas en la tesis siguiente: se trata de una teología que parte discursivamente de una opción ética por los pobres, para la construcción práctica aquí y ahora del Reino de Dios. Esta identidad profunda no se opone a una transformación, como desarrollo homogéneo, de sus supuestos epistemológicos,

En efecto, debido en parte a la militancia de Camilo Torres Restrepo, sacerdote muerto en combate siendo guerrillero del ELN, este grupo armado tuvo una fuerte influencia religiosa, que se manifestó especialmente por medio de la militancia de varios curas y monjas, como Leonor Esguerra, quien participó en la consolidación de dichos principios en el interior del grupo armado.

Así, Esguerra no tuvo un papel solamente como una monja comprometida con la lucha armada, sino que también lo tuvo como una guerrillera que participó activamente de la definición de los principios del ELN. En contraste, considero que es más difícil establecer la función de Grabe y de Vásquez en relación con los principios ideológicos del M-19. Cabe decir, en todo caso, que a través de la lectura de sus relatos es posible identificar la participación que ellas tenían en algunos espacios colectivos de decisión de las estrategias políticas y militares del grupo.

En cuanto a su participación en la lucha armada, es necesario mencionar que tanto Vásquez como Grabe se unieron al grupo armado cuando estudiaban antropología. Esto implica, a su vez, que ellas comenzaron su vida militante entre los 20 y los 23 años. Por su parte, Esguerra tenía 39 años cuando entró al ELN, en el marco de las discusiones que empezó a tener con algunos sacerdotes de la Golconda a propósito de la necesidad de la lucha armada en el país.

La temprana edad en la que María Eugenia y Vera iniciaron su militancia en el M-19 corresponde a una de las características de las excombatientes identificadas tanto por Lelièvre, Moreno y Ortiz (2004)⁷, como por Londoño y Nieto (2007)⁸, en sus estudios respectivos. En ese mismo sentido, el caso de Leonor es excepcional en términos de la edad en la que empezó a ser parte del ELN.

ya que ha aprendido de las críticas, ha crecido, se ha transformado, se ha complicado" (Dussel, 1995).

7 Según estas autoras, la mayoría de las mujeres que entrevistaron en el nororiente antioqueño entraron a los grupos armados cuando tenían menos de 18 años. Véase (Lelièvre, Moreno & Ortiz, 2004, p. 47).

8 A su vez, Londoño y Nieto (2007), al analizar las cifras de desmovilizaciones individuales desagregadas por sexo disponibles en el país, encontraron que casi un tercio de las mujeres desmovilizadas de esta manera entraron a los grupos armados cuando tenían menos de quince años. Así mismo, que el 64 % de estas mujeres salieron de los grupos armados cuando tenían entre 18 y 22 años, mientras que solamente el 19% tenían entre 23 y 27 años (pp. 114-115).

Ahora bien, el hecho de que estas tres mujeres hayan crecido en la ciudad es otro elemento que considero importante con relación a sus trayectorias de vida. Grabe y Esguerra nacieron y crecieron en Bogotá, mientras que Vásquez nació en Cali, donde vivió algunos años, y luego en Pasto, antes de viajar a Bogotá para estudiar en la Universidad Nacional de Colombia. Adicionalmente, este es un factor de importancia en términos de las actividades militantes de las tres mujeres, pues en el caso de Grabe y Vásquez el conocimiento de la ciudad fue fundamental, en la medida en que pertenecieron a una guerrilla de carácter más urbano que rural. Incluso en el caso de Esguerra, que formó parte por el contrario de una guerrilla más rural, su origen urbano tuvo efectos en términos de su militancia, pues ella la comenzó desarrollando diversas tareas políticas en distintas ciudades hasta que llegó a ser un cuadro político importante para la organización del trabajo urbano del grupo armado.

Asimismo, haber crecido en una ciudad se constituyó a la vez en un desafío para las tres mujeres en términos de la supervivencia y el combate en zonas rurales. En los tres relatos encontramos pasajes dedicados a las dificultades que encontraron en el entrenamiento militar y que, en varios momentos, debieron enfrentar por medio del aprendizaje de ciertos “reflejos” propios de la vida en el campo. Por ejemplo, Leonor Esguerra nos cuenta:

Ya no podía seguir caminando libremente por ninguna calle de Colombia, pues había sido identificada y estaba siendo buscada por las fuerzas de seguridad. Por eso, un día subió a la espesa montaña y allí se quedó con los guerrilleros, con un fusil M-16, el que aprendió a manejar, desarmar, aceitar y volver a armar en un minuto, pero que nunca utilizó porque nunca participó en un combate. Aprendió a amarrar su hamaca de tal forma que, en caso de peligro, se desatara de un tirón; aprendió a envolverse en un plástico para no mojarse cuando caían aguaceros torrenciales en la espesura de esas selvas relampagueantes; aprendió a hacer fuego en medio de la humedad, a bañarse sin jabón, a caminar entre troncos, espinas y culebras; aprendió a escuchar los sonidos ocultos de la montaña, a saber la hora sin reloj, a compartir los escasos alimentos, a elegir el agua buena de beber, pero nunca caminó como los felinos, aunque también fue adquiriendo el color verde y el olor a sudor de monte [...]. Los guerrilleros le tenían mucha consideración y ella los quería cada vez más. (Claux, 2011, pp. 204-205)

Trayectorias de vida y militancia

A pesar de la diferencia de edades en el momento de ingresar en los grupos armados, en los relatos es posible encontrar frases y pasajes que enfatizan el hecho de que las tres se unieron a ellos porque lo deseaban y estaban convencidas de la pertinencia de su determinación. Grabe y Vásquez decidieron entrar al M-19 en el marco de una dinámica de luchas sociales que generaban y alimentaban fuertes debates en las universidades colombianas (Lelièvre, Moreno & Ortiz, 2004, p. 63), especialmente en las universidades públicas como la Universidad Nacional de Colombia. Esguerra decidió entrar al ELN con el objetivo de apoyar la lucha armada desde las prácticas de un catolicismo comprometido con la justicia social. Así, estas mujeres se comprometieron con la lucha armada en el país en un contexto de fuerte movilización social, que si bien no se reducía, en absoluto, al uso de las armas, en algunos casos sí encontraba en ellas un soporte para la transformación de la realidad colombiana.

Una vez dentro de los grupos armados y a lo largo de sus trayectorias militantes, las tres ocuparon cargos jerárquicos dentro de los grupos, aunque correspondían a espacios diferentes. Esto es, mientras que Vásquez ejerció un cargo político-militar (ella, junto con otra mujer y dos hombres conformaban el Estado Mayor Regional de Bogotá de la organización), Grabe y Esguerra tuvieron altos cargos de carácter marcadamente político, ligado por momentos a acciones de orden internacional.

Es difícil establecer la influencia de las trayectorias de las vidas de estas tres mujeres antes de su militancia en los grupos armados, justamente en relación con las posiciones jerárquicas que llegaron a ocupar. De hecho, es importante mencionar que una buena parte de las habilidades de las que se sirvieron en sus actividades como guerrilleras, según nos cuentan, las adquirieron mientras formaban parte de los grupos armados.

En este sentido, me parece importante poner de presente la duración de su militancia en los grupos armados en la medida en que puede ser un factor determinante con relación a las posiciones jerárquicas que tuvieron. Vera Grabe militó en el M-19 alrededor de veinte años, al igual que María Eugenia Vásquez. En el caso de Leonor Esguerra, la duración de su militancia fue de veinticinco años. A lo largo de todos esos años, las tres llevaron a cabo diversas actividades de orden político y militar, que les fueron asignadas como tareas a su cargo y que les permitieron ir ocupando posiciones jerárquicas en el interior de las organizaciones.

Adicionalmente, considero necesario mencionar que sus casos son excepcionales en relación con la mayoría de las excombatientes —y las combatientes— colombianas. En efecto, aunque en el caso colombiano no hay cifras disponibles que permitan establecer cuántas combatientes han ocupado cargos jerárquicos en los grupos armados, testimonios como los recolectados por Londoño y Nieto (2007, p. 116) evidencian que la presencia de mujeres en estas instancias ha sido muy débil.

Ahora bien, el caso de Grabe puede ser el más representativo con relación a la influencia de su trayectoria de vida fuera del grupo armado en las posiciones jerárquicas, es decir, es posible identificar la función de los conocimientos y las habilidades que adquirió fuera del grupo armado, en las posiciones que ocupó en el M-19 y en las actividades que desarrolló. Como ya lo he dicho, Grabe llevó a cabo un trabajo internacional en el que empleaba, por ejemplo, sus conocimientos de idiomas diferentes al español.

El carácter político de ese trabajo tuvo efectos evidentes en la posición jerárquica que ocupó, descritos por ella misma en su relato. En el marco de un episodio de negociación entre el M-19 y el gobierno colombiano, según nos cuenta, se llevó a cabo una votación para elegir a uno de los miembros de la Comandancia⁹, tras la muerte de uno de sus integrantes. En concordancia con su posición jerárquica en el grupo, Grabe fue propuesta como una de las candidatas para ser parte de esta instancia, pero, nos explica, dado el carácter marcadamente político de su posición y las actividades que desarrollaba en el interior del grupo, no fue elegida como la quinta integrante de la Comandancia. A propósito de este episodio, ella escribe:

Después de la muerte de Pedro Pacho, había quedado vacante el quinto lugar en la Comandancia, y así como estaba planteado votar por la dejación de las armas, también se harían elecciones para ese cargo. Entre los más opcionados estábamos Óscar y yo. Óscar con mucha autoridad sobre la tropa y gran ascendiente sobre los guerrilleros, y yo, con un perfil más civil. Había compañeras que me insistían en que hiciera campaña para ganar votos, pero me parecía que no era una aspiración para pelear de esa manera, sino que la decisión debía fluir y llegar si la organización así lo reconocía. Sin embargo, para las mujeres era una reivindicación importante tener una mujer en la máxima conducción. Pero comandante significaba

9 La Comandancia del M-19, conformada por cinco personas, era el organismo colectivo de decisión más importante en el interior del grupo.

un rango militar, y en ese terreno Óscar tenía mayor reconocimiento. Fue elegido quinto miembro de la Comandancia. El resultado no podía ser distinto: aunque en proceso de paz, éramos una organización marcada por la milicia, en un campamento donde la mayoría de militantes eran hombres y militares. (Grabe, 2000, p. 391)

Maternidad y militancia

Considero que la maternidad es un elemento que está ligado a las posiciones de autoridad que ellas lograron obtener. En los relatos de Vásquez y de Grabe, la maternidad justamente es presentada como un aspecto paradójico en sus vidas. La importancia de la anticoncepción en los grupos de guerrilla se puede explicar en términos de las dificultades para conciliar la maternidad con la militancia. Sin embargo, es una cuestión ciertamente compleja, sobre todo si tenemos en cuenta el hecho de que Vásquez y Grabe decidieron ser madres.

María Eugenia tuvo dos hijos y durante algún tiempo vivió con el mayor, pero en un momento dado de su militancia el niño empezó a vivir con su padre, mientras que su hijo menor vivió con la familia del papá (militante también del M-19) prácticamente toda su vida. Por su parte, Vera quedó en embarazo del comandante del grupo y dada la situación de los dos, él planteó el aborto como la única posibilidad. A pesar de la dificultad de la decisión y del dolor, las dos sensaciones descritas por Grabe en su relato, ella abortó. Algunos años después quedó nuevamente embarazada y en esa ocasión decidió tener el bebé. En esta oportunidad contó con el apoyo del papá de la niña (militante del M-19), pero la oposición a su decisión provino en cambio de sus compañeros del grupo. Después del nacimiento de su hija y por razones de seguridad, ella la dejó al cuidado de una mujer en la que tenía plena confianza.

En los dos relatos es posible percibir con cierta facilidad la existencia de una ambivalencia entre la valorización y la transgresión de la maternidad. Tanto Vásquez como Grabe valoran su maternidad y, sin embargo, la vivieron de manera singular con respecto a los parámetros de la maternidad “esperada” y “normal” en la sociedad colombiana. Así, es posible identificar el carácter transgresivo de las decisiones que ellas tomaron como madres. Adicionalmente, en los relatos hay un cuestionamiento a propósito de los costos de este tipo de transgresiones operadas en campos considerados como esenciales en relación con la feminidad. Al respecto, uno de los pasajes del libro de María Eugenia resulta ejemplar:

Tal vez en el terreno político y de participación, incluso en el reconocimiento de las capacidades operativas de algunas compañeras, se dieron algunos avances, pero en el terreno íntimo los compañeros eran, la mayoría, como los demás hombres colombianos. Nosotras, las compañeras, las guerreras, pagamos un alto costo por innovar y transgredir las normas frente al matrimonio, a la afectividad y a la sexualidad. Nos quedamos solas, ni siquiera los compañeros de organización pensaban en nosotras como esposas; no sé si eso es mejor o peor; lo que quiero decir es que fuimos las perfectas amantes, pero no las compañeras con quienes compartir un proyecto amoroso de largo aliento, menos aún si teníamos cargos de responsabilidad. (Vásquez, 2000, p. 439)

Los costos de las transgresiones que las excombatientes como María Eugenia, Vera o Leonor operaron frente a la feminidad en el marco de su militancia dentro de los grupos armados ponen de presente la existencia de órdenes de género, incluso en el seno de grupos armados que cuestionan el statu quo. Este hecho me parece interesante, pues como lo han analizado investigadoras como Dietrich (2014) o Londoño y Nieto (2006), a pesar de las transgresiones de género asociadas con la militancia de las mujeres en los grupos armados, pareciese que estos asumieran que las relaciones de poder entre los hombres y las mujeres no formarían parte, justamente, del statu quo que desafían y buscan transformar.

Sin embargo, las experiencias de la maternidad de excombatientes como María Eugenia y Vera evidencian no solo el hecho de que los órdenes de género son constitutivos de las experiencias dentro de los grupos armados, sino que además revelan las tensiones que de ellos emergen. El dolor, la confusión e, incluso, la culpa que se pueden percibir en los relatos de las excombatientes, incluyendo los de Vera y María Eugenia, al referirse a la maternidad, nos muestran los desafíos que enfrentan las combatientes por transgredir dichos órdenes y buscar, por ejemplo, una posible conciliación entre la maternidad y la militancia.

Conciliación que, en todo caso, es prácticamente imposible por cuestiones de seguridad y por la disponibilidad (en términos de tiempos y de espacios) que tienen de sí mismas para desarrollar los trabajos de reproducción que incluyen el cuidado de los hijos. En ese sentido, como lo afirma María Eugenia Ibarra (2006), muchas excombatientes decidieron ser “madres a distancia”, siendo conscientes de que no podrían estar a cargo directamente de la crianza de sus hijos, mientras que otras optaron por no tener hijos mientras formaran parte de los grupos armados (pp. 330-331).

Quisiera enunciar entonces lo que me parece es una de las grandes evidencias que resultan de las experiencias de maternidad de estas dos excombatientes: que la maternidad no es un destino, una esencia femenina o, más aún, una experiencia constitutiva de lo que es ser “realmente una mujer”. La maternidad es, ante todo, una decisión, una relación y, sin ninguna duda, un trabajo¹⁰. Y el caso de excombatientes como María Eugenia o Vera, que decidieron tener hijos (y aquí es necesario desarrollar estudios y debates serios frente a las políticas de contracepción forzada en los grupos armados), nos presenta en toda su complejidad a la maternidad como una relación de las mujeres consigo mismas, con sus hijos e hijas, con los padres y con el entorno. Una relación que no está establecida de antemano y cuya experiencia varía enormemente de mujer a mujer.

La salida del grupo armado: otra decisión de vida

La última consideración que quiero hacer en relación con las trayectorias de vida de estas tres mujeres tiene que ver con el tránsito entre la vida militante y la “vida civil”, o más precisamente con el momento en que salen de los grupos armados. Vásquez y Esguerra dejaron los grupos individualmente y no formaron parte de ningún programa institucional de desmovilización. En efecto, Vásquez decidió salir del M-19 en el momento en que este negociaba la dejación colectiva de las armas con el gobierno colombiano. Sin embargo, ella dejó el grupo armado antes de que estas negociaciones terminaran. En su libro, nos explica esta decisión:

Allí, entre las montañas estaban los hermanos de siempre, perdidos en sueños, delirios y esperanzas. Y con ellos mi corazón. Sin embargo, deseaba encontrar caminos diferentes. En caso de volver algún día, lo haría si recuperaba la confianza en la guerrilla como opción política, no porque fuera la única puerta abierta del mundo, como sentía en ese momento. Ése era mi universo, pero yo me estaba alejando. Lloré porque me dolía irme, queriéndolos tanto [...]. Entré y salí del M-19 en los momentos que consideré oportuno hacerlo, me la jugué por el proyecto político hasta cuando pude, y ahora me iba porque deseaba explorar otros caminos. (Vásquez, 2000, pp. 442-443)

10 Al respecto, las discusiones contemporáneas sobre el *care*, los cuidados y el trabajo doméstico son particularmente interesantes. Véanse, por ejemplo, la excelente compilación realizada por Pascale Molinier y Luz Gabriela Arango (2011), en la obra *El trabajo y la ética del cuidado*.

Esguerra, como Vásquez, dejó el grupo como producto de una decisión individual que no estuvo enmarcada en una dejación colectiva de las armas. Además, para ella, la salida del ELN significó el retorno a Colombia, tras varios años de vivir en el extranjero. En cambio, Grabe salió del M-19 en el marco de la dejación colectiva de armas que produjo el acuerdo con el gobierno colombiano y que, debemos recordarlo, influyó profundamente la creación de la Asamblea Nacional Constituyente de 1991. Es necesario poner de presente que Grabe fue la primera mujer excombatiente en ser elegida como congresista en el país. Su postulación a las elecciones, en las que finalmente obtuvo una curul, puede ser explicada en parte por la posición jerárquica que ocupaba en la organización y por el carácter político de su trabajo militante, lo que le permitió ser considerada como una candidata en el marco del naciente partido Alianza Democrática M-19.

El elemento que subrayé en relación con la salida de los grupos armados está ligado con el carácter voluntario de su decisión. Estas tres mujeres, que ingresaron y se comprometieron con la lucha armada en el seno de las organizaciones guerrilleras, también la abandonaron tras haber tomado decisiones individuales, voluntarias y conscientes. Incluso en el caso de Grabe, ella estuvo de acuerdo con las negociaciones de paz que condujeron a la dejación de armas del M-19, de modo que su salida de esta guerrilla fue una decisión individual que concordó con la desmovilización colectiva del grupo.

Las nociones de paz en los relatos de Grabe, Vásquez y Esguerra

Para comenzar esta segunda parte del texto, debo poner de presente la dificultad para encontrar las diversas nociones de paz de Grabe, Vásquez y Esguerra, según sus posiciones como combatientes y después como excombatientes, en la medida en que solamente Grabe profundiza en su relato ciertos aspectos de su vida tras su salida del M-19. En cambio, el testimonio de Esguerra menciona solo algunas actividades que ha desarrollado tras haber salido del ELN, mientras que el de Vásquez termina, justamente, con este episodio.

En todo caso, los relatos nos dan la posibilidad de aprehender algunos elementos centrales en relación con las nociones de paz. Efectivamente, leyendo los tres textos es factible identificar una paradoja transversal: estas tres mujeres se comprometieron con la lucha armada como el único camino para alcanzar la paz en el país. Este camino puede ser

entendido en un primer momento como absurdo: puede resultar contradictorio pensar que las mujeres participan de la lucha armada por la paz, esto es, buscan construir la paz por medio de la guerra. Sin embargo, considero que sus testimonios nos permiten, ante todo, cuestionar la idea —¡expandida!— según la cual la paz es la ausencia de la guerra, esto es, la ausencia de confrontaciones armadas entre distintos actores.

La paz puede no solo estar referida a la ausencia del conflicto armado, sino que de hecho puede, y en mi opinión debe, ser entendida desde una perspectiva más amplia que tenga en cuenta los diversos conflictos sociales, económicos, culturales y políticos que enfrenta una sociedad como la colombiana y de los cuales el conflicto armado es solo una de sus expresiones. En ese sentido, considero que es pertinente retomar el pensamiento de Johan Galtung, para quien la construcción de paz es “un emprendimiento político que tiene como objetivo crear paz sostenible enfrentando las causas estructurales o profundas de los conflictos violentos a partir de las capacidades locales para la gestión pacífica de los mismos” (Galtung, 1969; citado en Borja, 2010, p. 8).

Claramente, esta concepción cuestiona la posibilidad de participar en la guerra para construir la paz, pues la lucha armada no es ciertamente un modelo de gestión pacífica de los conflictos violentos. Sin embargo, las experiencias y, sobre todo, las motivaciones de mujeres como Vera, Leonor o María Eugenia nos permiten preguntarnos por la posibilidad —y por su agotamiento— de participar de la lucha armada para transformar las estructuras que producen una situación en la que la violencia ocupa el lugar, por decirlo de alguna manera, de los conflictos, esto es, una situación en que no hay lugar para el diálogo ni la negociación entre los actores con visiones del mundo y con intereses antagónicos¹¹.

Comprometerse con la lucha armada por la paz

Uno de los elementos centrales para comprender la paradoja que acabo de enunciar está dado por el contexto colombiano. Las descripciones contextuales aparecen en los tres relatos justificando las decisiones de unirse a los grupos armados. Así, las tres describen un contexto en el que la lucha

11 Michel Wieviorka (2005) hace una interesante distinción entre la violencia y el conflicto, según la cual estos dos fenómenos son dos realidades contrapuestas. Cuando hay conflictos, las partes antagónicas pueden negociar, mientras que en las situaciones de violencia no hay lugar alguno para la negociación.

armada se constituye como un camino privilegiado para alcanzar la paz. Es importante decir que en el momento en que ellas se unieron a estas organizaciones ya existía un conflicto armado entre varias guerrillas y el Estado colombiano; sin embargo, sus nociones de paz no se reducen a la finalización de las confrontaciones bélicas, ni siquiera en el periodo que antecede su ingreso a las guerrillas, sino que presentan la paz sobre todo como el resultado deseable de la transformación de un conjunto de conflictos que vivía, y que vive aún hoy, la sociedad colombiana.

En el momento en que ellas empezaron a militar en los grupos de guerrilla, las interpretaciones que hacían de la paz estaban relacionadas con la resolución o la transformación de diversos conflictos de orden político, económico, social y cultural. Al respecto, Grabe cuenta un episodio definitivo en su decisión de ingresar al grupo armado. En el marco de una actividad organizada por la universidad, Grabe viajó a una zona rural en Colombia y, en su relato, describe de la siguiente manera aquello que vio e interpretó de la situación del país:

Recorrimos la región, visitamos y nos quedamos en las malocas de los indígenas, hablamos con ellos [...]. Ahí estaba la síntesis del abandono: las barrigas hinchadas, las enfermedades producto de la desnutrición, el trabajo precario, el endeudamiento para adquirir los bienes de los blancos, la pérdida de la propia cultura, y además todos los niveles de racismo entre la misma gente, entre indígenas, mestizos y negros... La conclusión obvia era que sólo si cambiaban las estructuras sociales y políticas que sostenían y fomentaban estas situaciones, podía mejorar la vida de la gente. Eso significaba derrocar el sistema, y para ello no había otro camino que las armas. Después de recorrer la región, no me quedó la mínima duda. (Grabe, 2000, p. 49)

A pesar de las diferencias entre las interpretaciones de los conflictos en el país, su transformación y la lucha armada son elementos centrales en las nociones de paz descritas por Vásquez, Esguerra y Grabe. Esta paradoja en la que la guerra se constituye como el camino hacia la paz es justificada por las tres en términos de la imposibilidad de resolver democráticamente los conflictos sociales, económicos, culturales y políticos en Colombia.

Encontramos entonces que los conflictos son un eje de la justificación de la lucha armada en la medida en que esta tiene un papel de transformación que no es posible desarrollar a través de las instituciones del

Estado¹². Así, las tres mujeres presentan la paz como el resultado de la transformación de las estructuras conflictivas, es decir, no la entienden como la ausencia de conflicto armado y, de hecho, a este lo muestran como un camino efectivo para alcanzar la paz. Partiendo de este hecho, es imposible separar las nociones de paz de aquellas de justicia social expuestas en los relatos. El testimonio de Esguerra, por ejemplo, relata así el surgimiento del ELN:

Fabio y otros muchachos, recién el triunfo de la revolución cubana, habían formado una brigada de jóvenes de todos los países para ayudar a Cuba y se habían ido allá, llenos de entusiasmo. Colaborando con los revolucionarios cubanos tuvieron una buena oportunidad de meditar sobre la situación colombiana y pensaron que no podían quedarse de brazos cruzados [...] el 7 de enero de 1965 [...] por primera vez en su historia, el ELN tomó un pueblo: el pueblito de Simacota, en el departamento de Santander. Allí proclamaron que se había creado el Ejército de Liberación Nacional para buscar la libertad de todos los colombianos y la eliminación de toda discriminación por raza, sexo, color, origen social o creencias religiosas. (Claux, 2011, pp. 192-194)

Reflexiones sobre la paz y la revolución desde otras experiencias latinoamericanas

El papel de revoluciones como la cubana y las luchas armadas en América Central, Argentina o Uruguay ha sido fundamental en los discursos de justificación de la lucha armada en Colombia. En efecto, en los tres relatos encontramos menciones al FMLN salvadoreño o al FSLN nicaragüense. Estos grupos armados son presentados en ciertos momentos de los libros como ejemplos revolucionarios y como las pruebas históricas del carácter real y concreto de las posibilidades de éxito de las revoluciones, que producen horizontes de contextos de justicia social.

Sin embargo, esas mismas revoluciones permiten que las tres se hagan preguntas en relación con sus ideas sobre la paz. En sus relatos, por

12 Según Rodríguez (2008), en la segunda mitad del siglo XX la vía institucional no constituía una oportunidad real de participación ni de representación, ni para las mujeres ni para los hombres colombianos. En cambio, sostiene esta autora, los grupos insurgentes se presentaban como posibles espacios de participación política y de transformación del statu quo (p. 3).

ejemplo, las tres cuestionan el rol de las mujeres durante y después de las revoluciones, es decir que reconocen las transformaciones producidas por las revoluciones en América Central, pero a la vez ponen de presente la persistencia de discriminaciones contra las mujeres e incluso sobre aquellas mujeres que participaron de la lucha armada como revolucionarias. Así, la paz obtenida por las armas encontraba límites en términos de justicia social para las mujeres. A propósito de la situación de las mujeres en Nicaragua, donde Esguerra vivió varios años, encontramos el siguiente pasaje en su testimonio:

Las mujeres querían que Mayra [Leonor Esguerra] les hablara sobre la participación de la mujer en la política y sobre las relaciones entre las parejas; que les dijera si con la revolución los hombres se volvían más fieles, más responsables, si valoraban a las mujeres como a personas con igual inteligencia y sentimientos, si allí se daba la igualdad entre ambos. Entonces ella les explicó que, en cuanto a la situación de opresión de las mujeres, se había avanzado un poco en la toma de conciencia del problema, pero que el machismo era algo demasiado fuerte. Aunque ellas lucharon hombre a hombre con los varones durante la guerra contra el dictador Somoza, siempre se las discrimina, siempre ocupan los puestos secundarios, siempre se encargan de las tareas domésticas, siempre están al servicio de sus maridos e hijos. Es igual que en Colombia. (Claux, 2011, pp. 246-247)

El papel dinamizador de las armas y el apoyo del “pueblo colombiano”

A pesar de estos cuestionamiento, las tres presentan su militancia como la participación directa y consciente en los esfuerzos de las luchas guerrilleras, en las que las armas ocupaban un lugar dinamizador de los procesos de transformación. Tras el robo de aproximadamente mil armas por parte del M-19, el gobierno y el ejército colombianos iniciaron una persecución contra todas las personas “sospechosas” de ser guerrilleras. En este contexto, Grabe explica: “Sobrevivir y crecer como organización tenía sentido si había encuentro, una fusión fructífera entre país, realidades puestas en evidencia y procesos a desencadenar, donde las armas cumplieran un papel dinamizador, propositivo” (Grabe, 2000, p. 113).

Además, estos procesos de transformación aparecen en las tres obras como un fenómeno que debía ser apoyado por el pueblo colombiano. Este es un punto de suma importancia en los tres relatos, aunque encon-

tremos diferencias en relación con la comprensión de lo que es el pueblo colombiano. Estas diferencias pueden estar ligadas, según creo, con los espacios privilegiados para algunas actividades guerrilleras según los grupos a los que pertenecieron, es decir, mientras que el M-19 buscaba crear una base social de apoyo, sobre todo urbana, el ELN la buscaba en ciertas zonas rurales del país¹³.

Asimismo, el papel del pueblo colombiano es descrito en diferentes momentos de los relatos que muestran la paradoja transversal entre la guerra y la paz. Por ejemplo, Grabe (2000) hace referencia a los procesos de creación de milicias urbanas “como instrumento de poder popular, con miras a generar condiciones para una insurrección” (p. 272). La idea de crear esas milicias fue concebida como parte de la estrategia de negociación entre el M-19 y el gobierno colombiano. Sobre este mismo episodio, Vásquez escribe:

En los barrios convocamos asambleas para discutir los contenidos de una paz con justicia social y promover la participación política de la gente. Todavía conservábamos una gran fe en las armas, así estuvieran silenciadas, en respaldo a las voces que empezaban a abrirse paso hacia el diálogo. Los fusiles debían ser acallados para que los colombianos habláramos sobre el país: ése era el interés de la tregua y del diálogo. (Vásquez, 2000, p. 350)

Dejar las armas, buscar la paz y seguir viviendo

Posteriormente, esta suerte de confianza en las armas se transformó de una u otra manera en los tres casos, es decir, en un momento dado, durante su militancia, las tres empezaron a cuestionar el lugar político de la lucha armada en relación con la paz. En el caso de Vásquez, el sentimiento de agotamiento político de las armas como medio de la transformación de las estructuras conflictivas fue fundamental en su decisión de salir del grupo armado. Al respecto, escribe:

Todavía sentía mi país, su alegría y su dolor, como parte de mi cuerpo, sin embargo, la poción guerrillera para transformarlo ya no me bastaba.

13 Esto no significa que el M-19 no desarrollara acciones en zonas rurales, así como tampoco que el ELN limite su accionar a estas zonas. Sin embargo, creo que la cuestión radica en el hecho de que el M-19 se constituyó justamente como una guerrilla de origen urbano que buscada llevar la guerra a las ciudades, mientras que el ELN fue creado como un grupo de carácter rural que desarrollaba algunas acciones precisas en las ciudades.

Me habitaban mil contradicciones: escogí la libertad y no sabía qué hacer con mi soledad; durante media vida luché contra el establecimiento y ahora no podía asimilarme totalmente a él; era una madre que no sabía o bien no quería ejercer su función; era un ser que sufría al mismo tiempo el marginamiento y la impotencia de romperlo. Pero ni siquiera podía abandonarme totalmente y quedar a la deriva: la fuerza interior de una historia colectiva, ante la cual era responsable, me sostenía. (Vásquez, 2000, p. 434)

En el caso de Esguerra, también encontramos un distanciamiento de la idea de pertinencia de la lucha armada para transformar el país. Esguerra comenzó a manifestar su desacuerdo con algunas de las acciones del grupo armado, tras una serie de crisis en el interior del ELN, que incluso provocaron su división. La comandancia decidió entonces retirar-le las tareas que tenía a cargo como una de las responsables del trabajo internacional. En ese momento, Esguerra pidió permiso para volver a Colombia y decidió dejar el grupo armado. Sin embargo, en su testimonio, enfatiza en la persistencia de los conflictos sociales, económicos, culturales y políticos, a pesar del desarrollo de la lucha armada en la que participó durante casi veinticinco años buscando precisamente su transformación. Así, ella tomó la determinación de no participar más de la lucha armada para alcanzar la paz:

Leonor, junto con muchos compañeros y compañeras declararon también su neutralidad activa y actualmente trabajan en pro de la paz porque cuando la guerra se deja escalar al punto que ha llegado en Colombia, el conflicto se degrada, porque la lógica de destrucción acaba involucrando indiscriminadamente no solo a los combatientes sino al resto de la sociedad civil. (Claux, 2011, p. 306)

Vemos entonces cómo en el caso de Esguerra la noción de paz ligada a la justicia social no cambia, incluso después de salir del grupo armado. En cambio, aquello que sí cambia es la manera como ella busca esa paz. Es posible resaltar el hecho de que las nociones de paz en su testimonio están ligadas a diversos caminos de transformación de los conflictos, ya sea siendo una monja que militaba en un grupo de guerrilla, o como ex-combatiente crítica del contexto del país y de la lucha armada.

También encontramos esta búsqueda de una paz con justicia social a lo largo de los relatos de Vásquez y de Grabe. En el caso de Vera, por ejemplo, hay una valorización del abandono de la guerra como una nueva ma-

nera de actuar desde la vida “civil”, o para ser mucho más precisa, desde una vida sin el uso de las armas en búsqueda de la paz. En efecto, para ella, ser una mujer excombatiente ha significado construir caminos revolucionarios sin las armas para transformar el país. Al respecto, escribe:

Había entendido que ser rebelde era tanto tomar las armas como dejarlas. Ahora ser rebelde era construir paz, cambiar de mentalidad, persistir, perseverar, resistir; en un país donde la inercia de la guerra se impone y tienta a los civiles a sucumbir a sus lógicas o a apostarle exclusivamente a la negociación desde los poderes. Pero ¿cómo ejercer la rebeldía sin armas, desde la palabra y la actitud? En nuestro país es fácil tomar las armas, pero es más difícil sostenerse en la paz, y aún más ser un rebelde de paz. (Grabe, 2000, p. 493)

Finalmente, quiero hacer mención a un posible horizonte de indagación que resulta especialmente llamativo. Es un horizonte que se desprende de las últimas reflexiones plasmadas en el relato de Leonor Es guerra y que permite pensar el lugar del feminismo en las nuevas apuestas por la paz desde las excombatientes colombianas.

En un interesante estudio a propósito de la participación de las mujeres en las revoluciones cubana, sandinista y salvadoreña, así como en la lucha armada en Chiapas, Karen Kampwirth (2002, p. 45) constató que el feminismo fue uno de los productos inesperados de estos procesos revolucionarios. El caso del Salvador es particularmente interesante en términos de la constitución de un movimiento feminista en el cual las excombatientes del FMLN tuvieron —y tienen— un papel de gran importancia.

Una de las principales reivindicaciones del movimiento feminista salvadoreño, en el que participan las excombatientes del FMLN, es una comprensión distinta del poder desde las experiencias concretas de las mujeres (Falquet, 2002, p. 7): un poder que no se ejerza más desde arriba, que no perpetúe la exclusión y la opresión, que no marginalice a las minorías, que no se concentre más en la búsqueda de la sumisión del(os) otro(s), de la(s) otra(s). En ese mismo sentido, Leonor reflexiona en torno a la pertinencia y, aún más, la necesidad de emprender acciones políticas feministas en un momento, como el actual, en el cual

vemos que el patriarcado ha llevado la humanidad a un despeñadero, que lleva a su propia extinción, pienso que es el momento histórico para que la mujer tome sus propias riendas de su propio destino y el de la humanidad. Pero para eso se necesita ser conscientes, como mujeres, de lo

que implica ser mujer: como dadora de vida, como conservadora de vida, como distribuidora con equidad del sustento familiar, como administradora con capacidad de pensar en los demás y también en ella misma, que es lo que en estos momentos la humanidad necesita. (Claux, 2011, p. 310)



Reconocimientos

Artículo de revisión, según la clasificación de Colciencias. Este texto formó parte de la investigación que desarrolló la autora en el marco de su maestría en sociología, gracias al financiamiento del crédito beca de Colfuturo. Adicionalmente, el trabajo de campo que la autora realizó en el segundo semestre de 2013 fue financiado por la École des Hautes Études en Sciences Sociales, París, Francia.



Andrea Marcela Barrera Téllez

Estudiante del doctorado en sociología y género en la Universidad París 7 - Diderot, París, Francia. Politóloga y especialista en Acción sin Daño y Construcción de Paz de la Universidad Nacional de Colombia. Magíster en sociología con especialidad en género, política y sexualidades de la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales (EHESS) París, Francia. Integrante del grupo de investigación en Teorías Políticas Contemporáneas de la Universidad Nacional de Colombia y del Colectivo Adelinda Gómez: Territorio, Género y Violencias.

Referencias

- Araújo, A. M. (1980). *Tupamaras. Des Femmes de l'Uruguay*. París: Des Femmes.
- Bourdieu, P. (1979). "Les trois états du capital culturel". *Actes de la recherche en sciences sociales*, 30. Recuperada de http://www.persee.fr/web/revues/home/prescript/article/arss_0335-5322_1979_num_30_1_2654. Recuperado el 20 de agosto de 2013
- Borja Paladini, A. (2010). *Construcción de paz, transformación de conflictos y enfoques de sensibilidad a los contextos conflictivos*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Boutron, C. (2013). La question du genre en situation de conflits armés : l'expérience des femmes combattantes au Pérou (1980-2000). *Critique Internationale*, 60, 37-52.
- Calvo, F. (2013). *Hablarán de mí*. Bogotá D. C.: Acracia Proyecto de Investigación Editorial.

- Claux Carriquiry, I. (2011). *La búsqueda. Testimonio de Leonor Esguerra* (1.a Ed.). Bogotá: Aguilar.
- Dietrich, L. M. (2014). La “compañera política”: Mujeres militantes y espacios de “agencia” en insurgencias latinoamericanas. *Colombia Internacional*, 80, 83-133.
- Dussel, E. (1995). Transformaciones de los supuestos epistemológicos de la “Teología de la Liberación”. Recuperado por <http://www.enriquedussel.com/DVD%20Obras%20Enrique%20Dussel/Textos/c/285.1997/articulo.pdf>
- “Entrega de ‘Karina’ en Antioquia, otro duro golpe a moral de las FARC” (19 de mayo de 2008). *El Tiempo*. Recuperado de <http://www.eltiempo.com/archivo/documento/MAM-2941337>
- Esguerra, J. (2013). Desarmando las manos y el corazón: transformaciones en las identidades de género de excombatientes (2004-2010). En *Desafíos para la reintegración. Enfoques de género, edad y etnia* (pp. 116-177). Bogotá: Centro Nacional de Memoria Histórica.
- Falquet, J. (1997). Les salvadoriennes et la guerre révolutionnaire. ‘Grâce à la guerre, nous sommes sorties des cuisines’... Mais pour quoi faire? *Clio. Histoire, Femmes et Sociétés [en Ligne]*5. Recuperado de <http://clio.revues.org/411>
- Falquet, J. (2002). Le mouvement des femmes dans la “démocratisation” d’après-guerre au Salvador. *Cahiers Du Genre*, 33(2), 179-200. doi:10.3917/cdgc.033.0179
- Galtung, J. (1969). Violence, Peace, and Peace Research. *Journal of Peace Research*, 6(3), 167-191.
- Garaizábal, C. & Vásquez, N. (1996). *El dolor invisible de la guerra. Una experiencia de grupos de auto-apoyo con mujeres salvadoreñas*. Madrid: Horas y Horas.
- Grabe, V. (2000). *Del silencio de mi cello (Razones de vida)*. Bogotá: Observatorio Para la Paz.
- Ibarra, M.E. (2006). *Transformaciones identitarias de las mujeres como resultado de su participación política en las guerrillas y en las acciones colectivas por la paz en Colombia* (Memoria para optar al grado de doctor). Recuperado de <http://dialnet.unirioja.es/servlet/tesis?codigo=17323>
- Kampwirth, K. (2002). *Women and Guerrilla Movements. Nicaragua, El Salvador, Chiapas, Cuba*. Pennsylvania: The Pennsylvania State University Press.
- Lara, P. (2000). *Las mujeres en la guerra*. Bogotá: Planeta.
- Lelièvre, Ch., Moreno, G. & Ortiz, I. (2004). *Haciendo memoria y dejando rastros. Encuentros con mujeres excombatientes del Nororiente de Colombia*. Medellín: Fundación Mujer y Futuro.
- Molinier, P. & Arango, L. (2011). *El trabajo y la ética del cuidado*. Medellín: Universidad Nacional de Colombia / La Carreta Editores.

- Londoño, L. M., & Nieto, Y. F. (2007). *Mujeres no contadas. Procesos de desmovilización y retorno a la vida civil de mujeres excombatientes en Colombia 1990-2003*. Medellín: La Carreta Social.
- Navia Velasco, C. (2005). *Guerras y paz en Colombia: las mujeres escriben*. Cali: Programa Editorial Universidad del Valle.
- Rodríguez, A. N. (2008). Entre el compromiso y la huida. Mujeres militantes en los grupos insurgentes colombianos. *Revue de Civilisation Contemporaine*. Recuperado de <http://scholar.google.com/scholar?hl=es&q=mujeres+%2B+FARC&btnG=&lr>
- Servetto, A. (2012). La interna peronista ¿con forma de mujer? A propósito del libro de Karin Gramático 'Mujeres Montoneras. Una historia de la Agrupación Evita, 1973-1974'. *PolHis*, 10, 252-262.
- Silva, R. (2011). La participation des femmes dans le conflit interne armé au Pérou durant la période 1980-2000. *Droit et Cultures [en Ligne]*, 62. Recuperado de <http://droitcultures.revues.org/2702>
- Tovar, C. (2012). Entre lutte armée et féminisme: quelques réflexions à propos de femmes combattantes en Colombie. *Revista Derecho del Estado*, 29, 233-263.
- Vásquez, M. E. (2000). *Escrito para no morir. Bitácora de una militancia*. Bogotá: ILSA / Ediciones Antropos.
- Wieviorka, M. (2005). *La violence*. París: Hachette.
- Zalaquett, Ch. (2011). La frentista 'Fabiola': Un relato en reversa del atentado a Pinochet. *Revista Wwww.izquierdas-Cl*, 1-30.